
LAS CIENCIAS DE LA PANDEMIA
Y LA UNIDAD DE LA CIENCIA:
CÓMO PENSAR LA PANDEMIA
POR COVID-19 DESDE EL PUNTO DE VIS-
TA DE LA INCONMENSURABILIDAD EN-
TRE LOS GÉNEROS EPISTEMOLÓGICOS

IÑIGO ONGAY

La pandemia causada por el virus SARS-COV-2, desde el momento de su identificación microbiológica en los laboratorios de la ciudad china de Wuhan, en enero de 2020, así como las consecuencias que una tal pandemia habría podido alcanzar en los meses subsecuentes, en una escala que sin exageración podríamos considerar como auténticamente planetaria (desde los confinamientos masivos de la población de muchas naciones de la Tierra al siniestro *triaje* hospitalario, pasando por las gravísimas repercusiones de tal situación para la economía globalizada) se ha conceptualizado desde los puntos de vista más diversos. Hemos podido asistir durante estos meses al despliegue, más o menos mediático, de una masa muy abundante de pensamientos “filosóficos” en torno a la pandemia por parte de figuras tan señaladas como Slavoj Žižek, Giorgio Agamben, Roberto Esposito, Jean-Luc Nancy o Byung-Chul Han. Proceden en muchas ocasiones desde el denominado (por el propio Esposito) *paradigma de la biopolítica* o razonando otras veces desde premisas más o menos foucaultianas o derridianas. Han tendido a “pensar” la pandemia del coronavirus desde dicotomías consabidas y de acento notablemente metafísico, como “capitalismo vs. comunismo”, “comunitarismo vs. individualismo”, “Oriente vs. Occidente”, etc. Estas contribuciones —junto con muchas otras— conforman una red muy tupida de “filosofías de la pandemia” (lo mismo en el sentido objetivo como en el subjetivo del genitivo: filosofías sobre la pandemia y filosofías surgidas de la pandemia) que sin duda pueden calificarse de acuerdo con criterios muy distintos (Ruiz de Vergara 2019, Madrid Casado 2019). En el momento de disponerme a contestar a la pregunta formulada por los editores de *Ludus Vitalis*, prefiero, huyendo desde luego de la prolijidad, atenerme a uno solo de los aspectos que, entre otros muchos, pueden señalarse con relación al Covid-19 y sus consecuencias

Universidad de Deusto-Fundación Gustavo Bueno, Oviedo, España.
ongaydefelipe@gmail.com

para el presente globalizado. Me refiero el grado, acaso sorprendente, en el que la pandemia del Covid se nos presenta bajo un contexto positivo muy novedoso que permite volver a exponer —ratificándolo en cierto modo— un viejo filosofema que figuras de la talla de Aristóteles (en sus *Categorías* por ejemplo) o Platón (en diálogos como *El sofista*, *El político* o *El Filebo*) habrían podido establecer con completa independencia del nuevo coronavirus. Hablo de la tesis de la inconmensurabilidad y desconexión entre los géneros.

Acaso el inevitable *quantum* de sorpresa que pueda causar en algunos lectores la estrategia, en apariencia bien extemporánea, de acudir a Platón y a Aristóteles ante el trámite de “pensar” la pandemia del presente, pueda atenuarse si recordamos que la tesis de la desconexión entre los géneros sólo pudo abrirse camino históricamente a la luz de los contextos positivos ofrecidos por el despliegue de las ciencias de la antigüedad. Así, por ejemplo, a través del descubrimiento de la inconmensurabilidad entre la diagonal y el lado del cuadrado, que daría al traste con el proyecto pitagórico de racionalización aritmética de la ontología del mundo, que costó de paso, según la leyenda, la vida a Hípaso de Metaponto. Todavía en el pasado siglo hemos podido asistir al desenvolvimiento de inconmensurabilidades intercaladas entre las escalas de diferentes disciplinas científicas (así la mecánica clásica, incluyendo tanto la newtoniana como la relativista, y la cuántica, además de la biología molecular y la ecología, la genética de poblaciones y los recientes estudios de herencia epigenética transgeneracional, etc.) que han enriquecido considerablemente el debate sobre el pluralismo científico en filosofía de la ciencia (Bueno, 1993; Dupré, 1993, 1996; Sencan, 2019; Ongay, 2020b).

En efecto, en los meses del Covid las ciencias médicas han experimentado un incremento francamente espectacular de su protagonismo en el debate público, que lleva a algunos comentaristas a acordarse del célebre *doctor Knock* de la comedia homónima de Jules Romains, estrenada en 1923 (Camprubí, 2020b). La epidemiología se habría convertido en la ciencia estrella de la temporada, en razón tanto de las medidas de salud pública puestas en práctica por los gobiernos de las más diversas naciones de la Tierra (confinamientos, cuarentenas públicas, etc.), como de la popularidad mediática creciente de los epidemiólogos en función de asesores científicos de los diversos gobiernos. Adviértase, sin embargo, que el tratamiento que la epidemiología ofrece de los fenómenos relativos a una enfermedad infecto-contagiosa como el Covid-19, resulta enteramente diferente, por su escala, del que puedan arrojar otras disciplinas como la virología, la biología molecular o la práctica clínica ordinaria (Camprubí, 2020a). En efecto, el epidemiólogo trabaja construyendo modelos estadísticos con potencia predictiva del desarrollo de una enfermedad en una población determinada (las celeberrimas “curvas de infección”) que, a su

vez, tendrá que clasificar en función de diferentes grupos de individuos (infectados, *susceptibles* y *recuperados*, según la modelización más simple SIR). Al hacerlo, la epidemiología trabaja incorporando inexcusablemente en su propio campo de estudio factores tales como los patrones de ocio de la población de referencia, sus hábitos de socialización o de higiene que alcanzan una incidencia causal notable en la conformación de los circuitos infecto-contagiosos de distribución comunitaria de un agente patógeno. En este sentido, acaso pueda decirse que es precisamente en el campo de la epidemiología donde se hace bueno el diagnóstico de Rudolf Virchow, quien al tratar a la disciplina médica en general la concibe como una *ciencia social* (Broadbent, 2013).

Esto en absoluto puede decirse que ocurra en la virología. Ahora, más que atender a la escala poblacional (social) que aparece como inextricablemente vinculada al trabajo del epidemiólogo, los virólogos se ocupan de la estructura biomolecular de un agente patógeno determinado. Será materia de interés del virólogo (pero, repárese en ello, no del epidemiólogo *qua tale*) la morfología de las partículas víricas del SARS-COV-2, desde el filamento de ARN envuelto por una membrana de glicoproteína, hasta las proteínas S en forma de *corona* que posibilitan su engarce con los receptores ACE2 de las células pulmonares, lo que facilita los tropismos del virus por el sistema respiratorio del paciente (acaso por sus tejidos neuronales o por su sistema digestivo; vid Madrid, 2020; Ongay, 2020a). Resulta interesante comprobar que así como la virología hace abstracción de los patrones poblacionales de infección que dibujan los modelos epidémicos de transmisión de una enfermedad, así también, *a sensu contrario*, la epidemiología puede desentenderse por completo de la escala propia de la biología molecular o de la teoría celular a la que se atienen los virólogos. En efecto, por vía de ejemplo, cuando John Snow llegó a componer un mapa epidemiológico del desarrollo del brote de cólera del Londres de 1854, pudo hacer esa rigurosa cartografía con anterioridad e independencia del descubrimiento del patógeno causante de la infección, identificado como la bacteria *Vibrio cholerae* por Filippo Paccini, también en 1854, casi treinta años antes de su redescubrimiento por Robert Koch.

Señalemos que la epidemiología y la virología son solamente dos de las disciplinas involucradas en el tratamiento de los problemas concernientes a la pandemia. Los médicos encargados de la práctica clínica abordan los fenómenos pandémicos en otra escala ligada tanto al carácter esencialmente normativo de la disciplina médica (Gifford, 2011), como al tratamiento individualizado de cada paciente (“no hay enfermedades sino enfermos”). Este tratamiento práctico-clínico de los pacientes además se lleva adelante con recursos necesariamente limitados, que en ocasiones pueden conducir a dilemas de naturaleza bioética o biomoral tan drásticos como los relativos al *triaje* hospitalario. Recordemos asimismo que la

psicología clínica, la psicopatología o la psiquiatría, entre otras disciplinas vinculadas a la salud mental, se ocupan en identificar las consecuencias psicosociales de periodos de confinamiento más o menos prolongados en la salud psíquica de una población. Finalmente —aunque no menos importante— los economistas nos han advertido en repetidas ocasiones de las consecuencias mastodónticas que la paralización de las cadenas de producción y consumo pueden alcanzar sobre el tejido económico de muchas sociedades del planeta. Se ha insistido muchas veces, a lo largo de los pasados meses, en la dicotomía entre salud y economía. Una dicotomía que, según muchos, resultaría enteramente espuria, a la manera de una falacia de falso dilema particularmente capcioso. Por mi parte, me gustaría advertir que acaso semejante oposición no constituya otra cosa que una manera de dar cuenta (acaso de manera tan especiosa como oscura) de la desconexión parcial entre la racionalidad epidemiológica por las que se rigen las políticas de salud pública y la racionalidad económica por la que se gobiernan los agentes involucrados en los procesos productivos.

Se dirá que, sin perjuicio de la existencia de esta pluralidad de escalas disciplinares y de las desconexiones que median entre sus campos respectivos, lo central es que tales disciplinas puedan *colaborar interdisciplinariamente* en el tratamiento de los problemas implicados por la pandemia en curso. Sin duda eso es lo importante desde el punto de vista práctico. Con todo, la urgencia del momento no debería eclipsar el grado tan diáfano que muestra cómo las diversas *ciencias de la pandemia* ponen palmariamente sobre la mesa una conclusión a la que tanto Platón como Aristóteles pudieron arribar en su momento: la imposibilidad de una categoría universal que dé cuenta de la unidad ontológica del mundo a través de una unidad entre las ciencias. Pensar la pandemia por Covid requiere, entre otras cosas, advertir cómo el viejo sueño neopositivista de *una ciencia unificada* está más lejos que nunca en un presente marcado por un horizonte al parecer plenamente irrebasable de pluralismo epistemológico.

REFERENCIAS

- Broadment, Alex (2013), *Philosophy of Epidemiology. New Directions in the Philosophy of Science*. NY: Palgrave. McMilan.
- Bueno, Gustavo (1993), *Teoría del cierre categorial*. 5 vols, Oviedo: Pentalfa.
- Camprubí, Lino. (2020a), "Pensar la epidemiología en tiempos de Covid-19", *Investigación y Ciencia* 528: 52-53.
- (2020b) "Filosofía de la epidemiología: certezas e incertidumbres ante la Covid 19". *El Catoblepas* 191: 42.
- Dupré, John. (1995), *The Disorder of Things. Metaphysical Foundations of the Disunity of Science*. Harvard, Mass: Harvard University Press.
- (1996), "Promiscuous realism: Reply to Wilson". *The British Journal for the Philosophy of Science* 47 (3): 441-444.
- Gifford, Fred (ed.) (2011), *Handbook of Philosophy of Science, vol 16: Philosophy of Medicine*. Amsterdam: Elsevier.
- Madrid, Carlos (2020), "El virus del fundamentalismo científico", *El Catoblepas* 191: 7.
- Ongay, Iñigo (2020a), "Cartografía de un terreno anómalo: el coronavirus y el teorema de la esfera", *El Catoblepas* 191: 34.
- (2020b), "Biological Individuality and the Extended Evolutionary Synthesis. A philosophical conundrum in a (new) biological focus", *Filozofia Nauki*, en revision.
- Ruiz de Vergara, Ekaitz (2020), "Filosofías de las pandemias & pandemias de la filosofía", *El Catoblepas* 191: 9.
- Sencan, Silan. (2019), "A tale of two individuality accounts and integrative Pluralism", *Philosophy of Science* 86(5).